

PABLO ÁLVAREZ CASTAÑO

LA PERLA
DEL MARE
NOSTRUM

Terralignota
EDICIONES

Pablo Álvarez Castaño

LA PERLA DEL MARE NOSTRUM



1ª edición en formato electrónico: junio 2022

© Pablo Álvarez Castaño

© De la presente edición Terra Ignota Ediciones

Diseño de cubierta: TastyFrog Studio

Terra Ignota Ediciones

c/ Bac de Roda, 63, Local 2

08005 – Barcelona

info@terraignotaediciones.com

ISBN: 978-84-125418-7-8

THEMA: FJH 2ADS 3CT 1QBAR

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes, nombres, diálogos, lugares y hechos que aparecen en la misma son producto de la imaginación del autor, o bien han sido utilizados en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas o hechos reales es mera coincidencia. Las ideas y opiniones vertidas en este libro son responsabilidad exclusiva de su autor.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Pablo Álvarez Castaño

LA PERLA DEL MARE
NOSTRUM

PRIMERA PARTE LA EXCUSA

Capítulo 1 El agua y la arena

Capítulo 2 Guerra de intereses

Capítulo 3 Los cónsules

Capítulo 4 El censor

Capítulo 5 El nieto del africano

Capítulo 6 La batalla

Capítulo 7 La propuesta

Capítulo 8 El juicio

Capítulo 9 La llegada

Capítulo 10 La huida

Capítulo 11 El discurso

Capítulo 12 La decisión

Capítulo 13 De vuelta en Roma

Capítulo 14 El desarme

SEGUNDA PARTE LA GUERRA

Capítulo 15 Los preparativos

Capítulo 16 La preocupación

Capítulo 17 El asedio

Capítulo 18 El primer ataque

Capítulo 19 Reflexiones

[Capítulo 20 La interrupción](#)

[Capítulo 21 La sucesión del rey](#)

[Capítulo 22 Los comicios](#)

[Capítulo 23 De vuelta a África](#)

[Capítulo 24 El relevo](#)

[Capítulo 25 Se acerca el final](#)

[Capítulo 26 La victoria y la derrota](#)

[Epílogo y referencias](#)

*A mis hijos Irene y Sergio, compañeros de viaje durante el tiempo que se
estuvo escribiendo este relato.*

PRIMERA PARTE

LA EXCUSA

Ezequiel 27, 12. Los cartagineses comerciaban contigo, henchían tus mercados con gran cantidad de toda suerte de riquezas, de plata, de hierro, de estaño y de plomo.

Capítulo 1

El agua y la arena

Año 158 a.C. Alrededores de Bizerta. Costa del Norte de África

La bóveda azul del cielo se hundía en el horizonte marino por un lado, y en la polvareda de las llanuras del desierto por otro.

El muchacho contemplaba el mar. Y también contemplaba el océano de arena. Se encontraba en un privilegiado puesto de observación desde donde su vista podía alcanzar un horizonte marino y otro terrestre.

El capataz les había dado un respiro en la construcción de unas viviendas, en principio muy rudimentarias, pero que después pensaban ir mejorando e incluso engalanando. Más tarde sería el turno de hacer granjas y establos. Por unos minutos fantaseó con que en un día, que esperaba no muy lejano, una vivienda similar, o puede que una de las que estaba construyendo, llegase a ser suya si la suerte era propicia.

El desierto se extendía infinito ante su mirada. Los vientos soplaban sobre él, a veces amables, a veces crueles. En algunas ocasiones dificultaban el camino de las caravanas, y en otros, haciendo y deshaciendo las dunas, que parecían cobrar vida, y dejando al descubierto restos de caravanas que habían sido sepultadas tiempo atrás.

Los salteadores siempre estaban atentos a la aparición de esas mercancías, por su propia naturaleza de fácil consecución, y gratuitas, ya que nadie reclamaba lo que hace tiempo ha dado por

perdido.

Por eso, mientras estaban ocupados en la construcción de esa aldea en las cercanías de la ciudad de Bizerta, era necesaria la vigilancia para evitar los actos de pillaje.

Con un leve giro de cabeza contemplaba el mar. Una masa de agua verde brillante, que desprendía limpieza y olía a sal. El movimiento de las olas tenía algo que lo hipnotizaba, y pensó si podría quedarse sentado allí, sobre la arena, contemplando el ir y venir de las olas, hasta que el sol se escondiera.

Observó a escasa distancia a una muchacha que portaba un cesto de mimbre con ropa que se dirigía a un riachuelo con la evidente intención de lavarla. Debía de tener su edad. Su piel morena revelaba que debía de pasar mucho tiempo al sol. Llevaba el pelo recogido en una trenza. Y sus graciosos movimientos al andar llamaron la atención del muchacho, que empezó a preguntarse si ella podría ser buena candidata para vivir con él en una de las casas en las que pensaba hacía poco.

Una mujer de mediana edad la llamó desde una de las tiendas cercanas a la orilla, y así el nombre de la chica, como una amable caricia, llegó hasta los oídos del muchacho.

—Imilce, no vayas muy lejos. Que yo te vea.

—Solo hasta el río, madre.

Así que se llamaba Imilce.

El muchacho empezó a considerarse afortunado. Contempló el desierto una vez más, y ahora veía a pastores dirigir rebaños en busca de oasis y se recreó en las carreras de un camello.

Contemplaba de nuevo el mar, donde veía las barcas de los pescadores que probaban suerte casi en el horizonte de lo que su mirada alcanzaba. Veía también un trirreme que surcaba las aguas relativamente cerca de la playa. Probablemente procedía de Cartago y se encargaba de vigilar las costas amigas para disuadir a los piratas de cualquier tipo de incursión.

Contemplaba a la chica. No había nada de malo en quedarse contemplando los movimientos de su cuerpo al caminar, al detenerse y agacharse, al remangarse. Pensó que eso era algo que había ocurrido en todas las culturas antiguas y contemporáneas. Y que ocurriría en las venideras. Los chicos mirabas a las chicas. En Asiria, en Babilonia, en Grecia, en Egipto, en Troya.

Y el observar sin saberse observado hacía su contemplación aún más gratificante.

Una mano palmeó su hombro izquierdo por detrás, sin esperarlo. El impacto llevaba la suficiente fuerza para reconocer que procedía de un brazo masculino, pero no era tan fuerte como para considerarlo enemigo, sino amistoso.

—Te veo enamorado, Bostar.

El muchacho se sorprendió. Después reconoció a Cartalón, uno de sus compañeros de trabajo.

—Estaba pensando, Cartalón, en lo afortunados que somos por estar donde estamos. Tenemos el sol. Tenemos comida y bebida. Tenemos cerca el mar.

—Y tenemos cerca a las mujeres, ¿no? Creo que es así como ibas a acabar de hablar. Sí, estamos en un buen sitio.

—¿Sabes? No siempre me quedaré aquí. Quiero progresar. Dentro de unos años viviré en la misma Bizerta o en Néferis. Puede que en Cartago.

—Deben de ser hermosas las mujeres de Cartago. No sé cómo pueden ser las mujeres de Grecia o de Roma.

—Mi padre —dijo Bostar— era romano. Era carpintero y vino con el ejército. Se quedó a vivir en África después de la segunda guerra. Conoció a mi madre, que vivía en Néferis. Y aquí estoy yo.

Una nube de arena se levantó en la lejanía del desierto.

—Parece que viene una tormenta de arena.

—No —dijo Cartalón—. Es demasiado pequeña para ser una tormenta. Sería mucho más grande.

Los dos jóvenes se quedaron mirando con atención las evoluciones de la pequeña nube de arena que parecía desplazarse acercándose hacia ellos.

—No es una tormenta. Más bien parece producida por un galope de caballos.

Ambos aguzaron la vista, e intentaron escudriñar quién o quiénes podrían proceder del desierto y dirigirse hacia su emplazamiento. No eran muchas las personas que podrían saber que se construía una aldea con aspiraciones en el futuro a formar parte de Bizerta o incluso a fundirse con ella cuando ambas poblaciones crecieran.

Viniendo del desierto podría tratarse de alguien necesitado de ayuda, que acabara de atravesar momentos duros, pero lo cierto era que la velocidad a la que avanzaba la comitiva hacía pensar que eran dueños de mucha energía.

Al cabo de poco tiempo estuvieron a la vista. Cabalgaban a gran velocidad. Se empezaron a distinguir algunos caballos blancos y otros negros. Sus jinetes vestían una especie de lienzo blanco y portaban lanzas y escudos. Al frente de ellos cabalgaba un jinete con capa roja, distintivo de su estatus real.

—Son guerreros nómadas —se alarmó Cartalón.

—Van a atacarnos.

—No tengas duda. Corramos. Hay que avisar.

Dicho esto, salieron corriendo ladera abajo gritando.

—¡Se acercan nómadas! ¡Caballería nómada!

Imilce fue la primera en estremecerse por los gritos.

—Nos atacan los nómadas —le gritó Bostar en un atolondrado intento de protegerla—. Corre a esconderte.

—¿Nómadas? —dijo la chica—. ¿Otra vez?

—Corre y escóndete. Por todos los dioses.

En la aldea creció el griterío que la alarma de los jóvenes había desencadenado. Y en cuestión de pocos minutos la caballería atacante enfilaba el último tramo de tierra que le separaba de la

aldea.

—¡Arrasad con todo! ¡No les dejéis nada! —gritaba el jinete que lucía la capa roja, que, poco antes de llegar a su objetivo se había quedado rezagado voluntariamente para evitar entrar en la aldea.

Poca resistencia podían ofrecer los escasos habitantes de la aldea, más versados en las labores agrícolas y pesqueras que en las militares, ante un ataque tan sorpresivo como bien preparado. En poco tiempo la aldea fue pasto de las llamas. Las tiendas y las barcazas quedaron calcinadas, y los escasos rebaños fueron dispersados. Los valientes que intentaron hacer frente a los guerreros con piedras y palos quedaron heridos en el suelo.

En semejante desastre sobrevenido de una manera tan cruel, los horrorizados habitantes de la aldea vieron entonces al jinete de la capa roja acercarse, como recreándose en la situación. Tenía un porte orgulloso y una mirada altiva. Y cuando las primeras palabras, pronunciadas en idioma púnico pero con extraño acento, salieron de su boca, la impresión de todos fue la de que era un hombre que se creía con derecho a hacer cualquier cosa y a decir cualquier cosa.

—Soy el príncipe Gulussa, hijo del gran rey Masinissa, soberano de Numidia. Desde hace mucho tiempo venimos reclamando a Cartago estas tierras que nos pertenecen de forma lícita. Cartago ha hecho caso omiso a nuestras peticiones. Como represalia he destruido vuestra aldea.

A pesar de haber formulado la última frase en primera persona ninguno de los allí presentes recordaba haberlo visto en el calor de la refriega.

—Y seguiré destruyendo cada una de las colonias que intentéis construir. Nuestro es el poder. Somos dueños de todo el territorio que abarca vuestra vista. África nos pertenece.

Y a una señal suya los jinetes iniciaron el galope dejando la aldea destruida, y a sus habitantes desesperanzados. Poco después, tras unos momentos de reflexión, empezaron a exteriorizar sus

pensamientos.

—Otra vez los núbidas.

—No podremos vivir aquí. Nos harán la vida imposible.

—Yo digo que no debemos dejarnos llevar por el desánimo. No les demos ese placer. Cojamos fuerzas y volvamos a emprender el trabajo.

—Y ¿de qué va a servir? Ya veis lo que hemos tardado en construir y lo deprisa que han destruido el fruto de nuestro trabajo y nuestro esfuerzo. ¡Días y días de trabajo y esfuerzo!

—Entonces —terció Bostar— pediremos ayuda. Que nos protejan.

—¿Quién va a protegernos, muchacho? —preguntó la madre de Imilce.

—Cartago —contestó Bostar viendo una ocasión de llamar la atención de la chica—. Pediremos ayuda a Cartago por la situación tan injusta que estamos sufriendo.

—Cartago no puede hacer nada, muchacho —le contestó uno de los heridos—. Roma le ha prohibido hacer la guerra sin su permiso desde la última vez que los derrotaron.

Guardó unos instantes de silencio para dar más énfasis a su siguiente afirmación.

—Esta es una historia sin esperanza.

Capítulo 2

Guerra de intereses

Senado de Cartago. Pocos días después

Tumílcar avanzó decidido por los pasillos del edificio del senado en dirección a la reunión. Llegaba tarde porque su esposa, Anaid, le había entretenido en un asunto de los esclavos de su casa que, a su juicio, podía haber esperado. Pero de vez en cuando a ella le gustaba echar un pulso a su marido para darle a entender que, por muy sufete que fuera, debía de contar con ella para la mayoría de las cuestiones domésticas. Era una forma que tenían las mujeres cartaginesas de señalar su señorío.

Los guardias le abrieron paso al ver que, por amplias que fueran las vestimentas que llevaba, Tumílcar se dirigía a la reunión del senado con la velocidad del que se sabe que llega tarde y la determinación de quien quiere que se cuente con él porque tiene algo que decir que no debe ser ignorado.

En este mandato compartía el cargo de sufete con Martabón, un miembro de la aristocracia cartaginesa al igual que él, pero con una marcada tendencia al colaboracionismo con los romanos.

En eso la república cartaginesa funcionaba de una forma similar a la romana, solo que allí les llamaban cónsules. Al igual que los cónsules, los sufetes no tenían poder absoluto, y compartían decisiones con el Senado en una suerte de interdependencia para evitar tentaciones tiránicas. Incluso el hecho de que fueran dos, y no uno, estaba orientado a que se fiscalizasen el uno al otro si fuera

necesario.

Pero si Martabón era el líder de un partido pro romano, que se allanaba a cualquier cosa que pudiera pedir la potencia extranjera, Tumílcar era un patriota. Antes que por él, se batía por Cartago. Y pensaba que era mejor morir de pie que vivir de rodillas.

Sabía que la situación que tenía que afrontar su ciudad no era fácil. Dos guerras había tenido Cartago contra Roma y había perdido ambas. En la primera de ellas sostuvieron una dura pugna en Sicilia hasta que finalmente los cartagineses, a pesar de la guerra de guerrillas de Amílcar Barca, fueron derrotados. A esto siguió un tratado en el que Cartago se comprometió a devolver a Roma diversos territorios y a pagar una dura indemnización de tres mil doscientos talentos.

Fue un duro golpe para Cartago, además de asumir que el control romano de Sicilia significaba el control de las principales rutas comerciales del que llamaban Mare Nostrum. Habían perdido el dominio de un mar tras ostentarlo durante dos siglos.

Años más tarde fue Aníbal, el hijo que Amílcar había criado en un odio a los romanos, el que formó un importante ejército de setenta mil hombres. Sabedor que, desde la primera guerra, los romanos se habían hecho con el control naval del Mare Nostrum, y no iba a poder atacar Roma por mar, dirigió su ejército por tierra bordeando la costa norte de África y avanzó en Hispania hasta la ciudad de Sagunto, a la que puso sitio y finalmente conquistó, desencadenando la segunda guerra.

Guiado por un odio que rozaba lo patológico, y armado de treinta y siete de elefantes de guerra, con el convencimiento de que animales de esa naturaleza causarían pánico en Roma, sueña el ambicioso plan de llegar a plantarse con dicho ejército a las puertas de la ciudad de las siete colinas.

Valiéndose del agudo conocimiento de sus ingenieros, sorteó el estrecho de Gibraltar y los ríos que le salieron al paso con un

ingenioso sistema de balsas.

Tras atravesar Pirineos y Alpes es interceptado en Cannas por el ejército del general romano Cayo Terencio Varrón, muy superior en número. Pero Aníbal despliega una magistral estrategia y gana de forma contundente la batalla, aunque pierde un ojo.

Aunque logra penetrar en la península itálica, se queda sin suficiente material bélico para atacar Roma. De todos sus elefantes, acostumbrados al clima africano, tras atravesar ambas cordilleras solo habían sobrevivido doce. Entonces decide esperar la llegada del ejército de su hermano Asdrúbal.

Pero Asdrúbal es derrotado en la batalla del río Metauro y los romanos, en un gesto de infinita crueldad, lo decapitan y arrojan su cabeza en un saco al campamento en donde Aníbal le esperaba. Era una de las estrategias de los romanos para debilitar la moral del enemigo.

Cuando Roma envía al general Publio Cornelio Escipión «el africano» contra Cartago, Aníbal vuelve a defender su ciudad, pero es derrotado en el páramo de Zama de forma definitiva.

Las condiciones de la segunda derrota no fueron menos exigentes que las de la primera. Cartago se vio obligada a entregar todas sus colonias a Roma, a volver a pagar otra indemnización, esta vez de diez mil talentos, que aún abonaban.

No fue eso todo. Tuvo que entregar también todas sus naves salvo diez trirremes, todos sus elefantes de guerra, e incluso Escipión pidió, como garantía, que entregasen cien rehenes de familias nobles de Cartago de entre catorce y treinta años.

Pero tampoco fue suficiente. Cartago hubo de comprometerse a no volver a declarar ninguna guerra sin el permiso de Roma.

Y eso era lo que preocupaba ahora a Tumílcar. Los númidas, con su rey Masinissa al frente, deseoso de conseguir más territorios, provocaban una y otra vez con sus incursiones a aldeas y ciudades púnicas con el convencimiento de que Cartago no podría defenderse

sin volver a irritar a Roma y a enfrentarse a ella por romper el último tratado.

Masinissa y sus hijos lo sabían y, de forma deliberada, buscaban un enfrentamiento y ponía a prueba la paciencia de Cartago hasta sus últimos límites.

El mensaje que mandaban era claro: sabemos que estáis débiles y vamos a hacer vuestra vida lo más difícil posible.

Tumílcar empujó con violencia las dos últimas puertas que le separaban de la estancia donde tenía lugar la reunión senatorial, pero lo hizo con tal energía que el orador que intervenía en ese momento interrumpió su disertación, sorprendido por el ruido.

A Tumílcar le pareció escuchar que hablaba algo referente a los mercaderes del puerto, pero consideró que ese asunto no podía ser más importante que lo que él tenía que comunicar.

Una vez que hubo captado la atención del orador, de los oyentes, y de los senadores que dormitaban, se colocó en el centro de la sala y gritó.

—¡Lo han vuelto a hacer! ¡De nuevo! Los númidas, con uno de sus príncipes al frente, han destruido otro de nuestros emplazamientos de la costa.

—Tumílcar —le reprobó Martabón—, este es el Senado y merece un respeto. No me parece procedente la forma en que irrumpes aquí interrumpiendo esta honorable sesión para hablar de una cuestión que no estaba programada para hoy.

—Pues yo estoy seguro —replicó Tumílcar— de que si los romanos irrumpieran en nuestras costas tú serías su primer trompetero.

—Yo amo a mi patria —replicó Martabón intentando revestirse de dignidad y patriotismo, cualidades de las que muchos ya sospechaban que carecía.

—Os digo, senadores —continuó Tumílcar— que los númidas continúan con sus continuas provocaciones y lo seguirán haciendo